

Estrechez de espíritu.

] ("Las Noticias", Barcelona, 15 mayo 1902). 2-2

Estrechez de espíritu

No me gusta leer á los escritores que me dicen lo mismo que yo pienso ó poco más, y que corroboran con sus escritos mis propias opiniones. Para semejante viaje no necesito alforjas. Me gusta, por el contrario, leer á aquellos que afirman las cosas que tengo por más absurdas y á los que rebaten y combaten mis puntos de vista. Y me parece natural que á todos les suceda lo mismo; pero la experiencia me enseña que lejos de ocurrir esto, ocurre todo lo contrario.

Las más de las gentes gustan de aquellos escritores y oradores que les dicen lo mismo que ellos piensan y les corroboran en sus propias opiniones, los que les hunden más y más en la rutina y hábito de su propio pensamiento. Leen á diario el periódico de su partido, y si se aficionan á un escritor, no pueden dejar de leerle.

Es uno de los desengaños y desilusiones más grandes á que estamos expuestos los que nos metemos á dirigirnos al público con alguna frecuencia y á hablarle cuando no nos pregunta nada. Digo ó escribo algo que halaga las pasiones de tales ó cuales personas, clases sociales ó naturales de esta ó la otra región, adquiero cierta popularidad allí y se me reputa un escritor de valía, y yo me quedo tan satisfecho, ¡pobre de mí!, creyéndome que es por mí, por mi manera de exponer mis doctrinas, por el tono personal que las doy, por lo que se me aprecia.

Pero al poco tiempo escribo ó digo algo que desagrade á aquellos mismos á quienes antes satisfacé y los muy... badulaques (iba á decir otra cosa) lo toman poco menos que como un acto de deslealtad de mi parte y ya soy un pobre diablo, un farsante, un estrafalario, un vendido, un pastelero ó un loco. Era, sin duda, cosa convenida que me pusiera yo al servicio de sus preocupaciones y pasioncillas.

Cuando á mí me gusta de veras un escritor ó pensador es por sí mismo, diga lo que dijere, y le sigo á través de sus variaciones todas, si las tuviere, porque siempre me han interesado más las personas que sus ideas. De estas hago poco caso.

Y lo estupendo suele ser las razones que á todos esos menguados de espíritu se les ocurre para explicarse la evolución del espíritu ajeno, cuya lógica desconocen. Imaginanse al prójimo como se les antoja y es-

Diario
de Bilbao
1902
Nº 16



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



Discurso
Bilbao

te ha de sacar de ciertas premisas las consecuencias mismas que ellos de las tales premisas sacan.

En esto se lee y se oye cosas verdaderamente estupefacientes. Ha habido un sujeto que ha tenido el graciosísimo rasgo de humorismo de decirme que los ensayos que bajo el título de *En torno al casticismo* publiqué en 1895 en «La España Moderna» se dan de cachetes con el discurso que lei el verano pasado en Bilbao. Es algo como decir que el hecho de que salga de una oruga una mariposa, se concilia mal con el de que el oxígeno y el hidrógeno se combinen en agua.

Respecto á este mi discurso, cuyas consecuencias tanto me han enseñado, el corresponsal en Madrid de un diario español de Venezuela, corresponsal que á cada paso enseña la oreja del más divertido anti-españolismo (no es madrileño, ni castellano) afirmaba de mí, sin encomendarse ni á Dios ni al diablo, que he pasado mucha parte de mi vida en Madrid, cuando en junto no habrá llegado á 48 meses, contando en ellos los cuatro cursos de mi carrera. No se explicaba, sin duda, el pobre diablo que fuera uno á decir la verdad á su propio pueblo, á aquel en que ha nacido de padres del país mismo (y de abuelos y bisabuelos y... ascendientes en cuanto mi noticia alcanza) y en que se ha criado y ha vivido.

Delata uno de los más lamentables estados de alma lo de suponer que habiéndose formado y viviendo el prójimo en condiciones análogas á las nuestras, no puede pensar ó sentir de distinto modo que nosotros, no siendo por motivos bajos, ya de vil interés personal, ya de petulancia ó prurito de singularizarse. Es la forma más triste y aguda que toma la intolerancia latente en todo espíritu español, y llamo espíritu español en este sentido al de todos aquellos que han nacido y se han criado entre el Pirineo y el estrecho de Gibraltar, sin exceptuar acaso más que á los portugueses. Porque en esto del dogmatismo intolerante y de la petulancia de creernos en posesión de la verdadera noción de las cosas públicas, en ésto sí que hay perfecta unidad entre los diversos pueblos que formamos la nación española. Todos tenemos de común la estrechez de espíritu y la incivil injusticia—hija de ignorancia—al juzgarnos los unos á los otros.

Miguel de Unamuno

